Antes de bajar la persiana

Drama realista original de Shyvirelle para cuatro intérpretes. Duración orientativa: 11 a 14 minutos, según pausas y ritmo. Una sola escena, sin cambios de decorado.

Personajes

- **IRENE**, profesora que sostuvo durante años un pequeño taller de lectura y escritura. No quiere que otros hereden las obligaciones que ella apenas pudo cumplir.
- **CLARA**, antigua alumna. Conserva el horario viejo y teme que cambiarlo signifique perder lo aprendido.
- **DARÍO**, responsable del centro vecinal que ofrece una sala compartida. Debe responder por las reservas y la seguridad del espacio.
- **JULIA**, madre de un alumno del taller y trabajadora con turnos variables. Puede ayudar, pero no prometer una tarde que no tiene.

Lugar y utilería: el rincón de espera de un centro vecinal. Un banco firme, una carpeta de cartón con hojas y un trozo de tiza. El banco señala el antiguo salón cuando los personajes lo recuerdan y el lugar nuevo cuando discuten su uso. La supuesta persiana del local antiguo no se construye ni se manipula: existe solo en lo que cuentan. No se requieren puertas practicables, música ni objetos adicionales. Las entradas y salidas pueden realizarse por un costado libre.

Escena única

(Irene está sentada en un extremo del banco. Tiene la carpeta cerrada sobre las rodillas. Clara permanece de pie, con la tiza en la mano. Durante un instante las dos observan un punto fuera del espacio escénico, como si allí hubiera una calle.)

CLARA. A esta hora se veía la luz por debajo de la persiana.

IRENE. Si todavía no la habíamos bajado.

CLARA. Nunca la bajábamos antes de que terminara el último ejercicio.

IRENE. La bajábamos cuando se podía. Hay diferencia.

CLARA. He traído el horario.

IRENE. Ya lo veo.

CLARA. No lo has mirado.

IRENE. Lo reconocería aunque lo guardaras dentro de la carpeta.

(Clara abre la carpeta y muestra una hoja sin girarla hacia el público.)

CLARA. Lunes y miércoles, de siete a nueve. Los viernes, lectura libre. Podemos empezar exactamente igual.

IRENE. ¿Dónde?

CLARA. Aquí. Darío nos deja el centro.

IRENE. Una sala del centro. No el centro entero.

CLARA. Una sala es suficiente para las mesas.

IRENE. Las mesas no son lo que falta.

CLARA. Dime qué falta.

IRENE. Tú conoces la respuesta.

CLARA. Quiero que la digas.

IRENE. Faltan las personas de entonces. Y me falta a mí el mismo cuerpo para cerrar a las nueve, barrer y volver al día siguiente.

CLARA. No tienes que hacerlo sola.

IRENE. Esa frase se decía mucho cuando yo lo hacía sola.

(Clara cierra la carpeta. Entra Darío sin prisa.)

DARÍO. Disculpad. He comprobado las reservas. Os puedo dar los miércoles hasta las siete y media. Los lunes hay refuerzo escolar y no se mueve.

CLARA. Eso es muy poco. Nuestro taller siempre empezaba a las siete.

DARÍO. Por eso no sirve copiarlo. Antes este local no compartía llaves ni vigilancia con otros grupos.

CLARA. Si empezamos a las seis, tendremos hora y media.

DARÍO. Hasta las siete y media, sí. Pero alguien debe encargarse de dejar despejado el lugar y de devolverme la carpeta de control.

IRENE. La carpeta puede ser esta. Para las hojas del taller bastan otras después.

CLARA. Irene, habíamos quedado en que no volverías a llevar la administración.

IRENE. He dicho que se puede usar la carpeta, no que vaya a llevarla yo.

DARÍO. Tampoco puedo prometer que haya una mesa libre para guardar materiales. Hay que traerlos y retirarlos cada día.

CLARA. En el otro local dejábamos los cuadernos en el armario.

DARÍO. Este no es el otro local.

CLARA. Ya lo sé.

DARÍO. Te oigo hablar como si fuera cuestión de mover una pared.

CLARA. Es cuestión de no rendirnos.

IRENE. Que algo cambie no significa rendirse.

(Clara aprieta la tiza. Nota el polvo en sus dedos, pero no lo sacude.)

CLARA. Cuando tenía catorce años, en el primer taller, yo solo escribía el nombre y me quedaba mirando la hoja. Si ahora me dices que nos juntemos para conversar un rato, puede ser agradable. Pero no es lo mismo.

IRENE. No he dicho que conversemos un rato.

CLARA. Has dicho que no copiemos nada.

IRENE. He dicho que no copiemos el horario. Las cosas que aprendiste no caben en una columna de horas.

DARÍO. ¿Cuántos asistirían hoy?

CLARA. Ocho confirmados.

DARÍO. ¿Confirmados para qué día y qué hora?

(Clara busca una respuesta dentro de la carpeta.)

CLARA. Preguntaron cuándo volvíamos.

DARÍO. Eso es interés, que vale mucho. No es todavía una confirmación.

(Entra Julia. Se detiene antes de llegar al banco y escucha la última frase.)

JULIA. Yo pregunté. Y quiero ir, pero no puedo salir del trabajo a las seis todos los miércoles.

CLARA. Te mandé el horario de siempre.

JULIA. Lo sé. Me emocionó verlo. Después miré mis turnos.

CLARA. ¿Y los viernes?

JULIA. Los viernes termino tarde. Los lunes podría venir, pero Darío dice que están ocupados.

DARÍO. Sí. Lo están.

JULIA. Entonces hay que buscar otra cosa.

CLARA. Cada vez que alguien busca otra cosa, una parte del taller desaparece.

JULIA. Si me pones el horario viejo, desaparezco yo.

(Silencio corto. Clara mira a Julia.)

CLARA. No quería decir eso.

JULIA. Lo sé. Pero conviene oírlo antes de imprimir nada.

IRENE. El horario antiguo servía cuando la gente tenía otros turnos. Yo lo defendí durante años porque sabía dónde estaba cada cosa. Después me encontré enseñando a tres personas cansadas y dejando a otras cinco fuera por la hora.

CLARA. Nunca me lo contaste.

IRENE. Era yo la que tenía las llaves. Creía que admitirlo era admitir que el taller se estaba acabando.

DARÍO. Esto no tiene que empezar con todas las clases. Podemos reservar una prueba.

CLARA. ¿Una prueba de qué?

DARÍO. De una sesión con un horario que alguien pueda cumplir. Si funciona, pedimos otra. Si no, lo cambiamos antes de que se vuelva promesa.

JULIA. Yo puedo venir el miércoles que viene a las seis y cuarto. Ese día salgo a las cinco y media.

CLARA. Eso nos deja una hora y cuarto.

DARÍO. Hasta las siete y media. Exacto.

IRENE. Para una primera clase, una hora y cuarto basta.

CLARA. ¿Con qué empezaríamos? No podemos llamar taller a un reencuentro y nada más.

IRENE. Con una frase que tenga una acción. Lo hacíamos cuando empezaste, ¿te acuerdas?

CLARA. «Alguien entra y cambia algo».

IRENE. Esa. Cada uno escribe quién entra, qué cambia y qué conserva. Después leemos dos versiones. No hace falta traer una biblioteca entera.

JULIA. Mi hijo tiene una historia sobre una vecina que cuidó un perro durante una semana. Quiere contarla y nunca llega al final.

CLARA. Podemos usarla para trabajar los finales, sin escribirla por él.

IRENE. Ahora sí estás preparando una clase.

(Clara se sienta en el otro extremo del banco. Coloca la carpeta entre ambos extremos como si fuera un espacio compartido.)

CLARA. Una hora y cuarto. Cuatro ejercicios de quince minutos...

DARÍO. (Interrumpe con calma.) No conviertas también la bienvenida en un ejercicio.

CLARA. De acuerdo. Cinco minutos para llegar. Diez para la propuesta. Veinte para escribir...

JULIA. ¿Y si alguien trae a una niña que no pueda quedarse sola?

DARÍO. La sala no tiene cuidado infantil. Eso debemos decirlo antes. Tampoco podemos dejar a menores sin acompañante responsable.

JULIA. Yo preguntaré quién puede venir con su familia y si necesitamos otro día. No prometeré que cuidaré a niños que no conozco.

CLARA. Tienes razón.

IRENE. Hay algo más. Yo puedo dar la primera clase. Solo la primera. Para las siguientes necesito saber quién preparará la lectura y quién abrirá la sala.

CLARA. Yo preparo la segunda si alguien revisa conmigo el material.

DARÍO. Yo abro y cierro la sala durante la prueba. Si seguimos, habrá que distribuir esa tarea con autorización del centro. No puedo hacerlo todas las semanas.

JULIA. Yo reviso contigo la hoja de invitación. Que nadie lea «a las seis» y piense que está obligado a llegar antes.

CLARA. A las seis y cuarto, el miércoles próximo. No es el lunes de siempre.

IRENE. Ni el viernes de siempre.

CLARA. Y sin el armario de siempre.

JULIA. Habrá que llevar la carpeta a casa.

DARÍO. Eso sí.

(Irene abre la carpeta. Clara ofrece la tiza. Irene no la toma todavía.)

IRENE. ¿Sabéis qué me molestaba del último día? Que bajamos la persiana con tantas prisas que nadie alcanzó a decir que habría otro lugar.

CLARA. No lo sabíamos.

IRENE. Ahora lo sabemos un poco más.

DARÍO. Un lugar posible. Hasta que probemos.

JULIA. Eso es suficiente para invitar sin engañar.

CLARA. Me asusta que vengan solo dos.

IRENE. Si vienen dos, les daremos una clase que merezca el viaje. Si vienen ocho, también.

(Clara deja la tiza junto a la carpeta.)

CLARA. Quería que todo siguiera igual para no perder el taller. Y casi lo dejamos sin gente.

DARÍO. Aún puedes tener que cambiarlo otra vez.

CLARA. Esta vez preguntaré antes.

JULIA. Yo respondo esta noche. No hace falta que me insistas cada hora.

CLARA. No insistiré.

IRENE. Entonces decidamos lo único que hay que decidir hoy.

DARÍO. Primera clase: miércoles próximo, de seis y cuarto a siete y media. Abro yo. El centro presta la sala solo para esa sesión.

JULIA. Yo confirmo quiénes pueden venir y les diré que es una prueba. No una inscripción para todo el año.

CLARA. Yo llevo la carpeta y preparo la hoja sobre una escena que cambia. También recogeré las dudas de horario.

IRENE. Yo daré esa primera clase. En los últimos diez minutos decidiremos si puede haber segunda.

(Los cuatro miran la carpeta. Nadie aplaude.)

CLARA. ¿Puedo escribirlo?

DARÍO. Ya lo has dicho en voz alta.

CLARA. Hay cosas que se olvidan si no se escriben.

IRENE. Pues escribe.

(Clara toma la tiza y hace sobre el aire el gesto de trazar una línea horizontal, como si hubiera una pizarra invisible. Luego se detiene.)

CLARA. No tenemos pizarra.

JULIA. Tenemos la carpeta.

(Clara guarda la tiza sin escribir. Abre la carpeta por la primera hoja; las cuatro personas se inclinan lo justo para verla.)

CLARA. Miércoles. Seis y cuarto. Primera clase.

IRENE. Antes de bajar ninguna persiana.

(Julia se queda al lado de Clara. Darío señala la salida por donde entró. Irene se levanta del banco con la carpeta abierta. Los cuatro salen por el mismo lado, sin mover el banco.)

FIN

Nota de montaje y lectura

Los cuatro intérpretes permanecen dentro del mismo espacio. El banco no se transforma en un mueble real distinto: permite recordar el taller anterior y acordar el nuevo. Si no hay pared o pizarra, el gesto de Clara en el aire sigue siendo comprensible. El cierre no promete recuperar el local perdido; fija **una primera clase concreta y verificable** con una hora, una persona responsable de abrir, otra de convocar y una profesora que se compromete solo a esa sesión.

No hace falta imprimir una hoja de horario como utilería extra: la carpeta puede contener hojas neutras. Los personajes deben sostener las pausas después de «desaparezco yo» y después de la lista de compromisos. En ambas, nadie necesita añadir una explicación: ya se sabe qué ha cambiado.